

Coros y danzas

DE ESPAÑA

En la primavera última, una selección de los Coros y Danzas de la Sección Femenina española, actuó triunfalmente en la República Argentina, en Brasil y en Portugal, alcanzando un éxito clamoroso. En diciembre último se celebró en Madrid, en el Teatro Español y en el Parque del Retiro el VII Concurso Español de Coros y Danzas, al amparo de una expectación acrecentada por el éxito que alcanzó la Sección Femenina en América.

A lo largo de todas las pruebas eliminatorias de este VII Concurso Nacional —celebradas en toda España— tomaron parte 303 coros, 212 grupos de danzas y 175 grupos mixtos, con un total de 24.728 intérpretes. Estas cifras muestran claramente cómo se ha despertado entre la juventud española la inclinación hacia tales actividades populares y tradicionales. Y la expectación extraordinaria, tanto en las eliminatorias regionales como en la prueba final celebrada en Madrid, indica la simpatía española hacia esta iniciativa de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S.

En estas páginas ofrecemos diversas fotografías de la final del VII Concurso Nacional de Coros y Danzas, celebrada en las jardines del Parque del Retiro, de Madrid, junto con una crónica de Rafael García Serrano, quien evoca el éxito alcanzado por la representación femenina española en su viaje por América del Sur.



GUIPUZCOA

ANDALUCIA



SALAMANCA

R

ECUERDO que en Buenos Aires solíamos decir todos: «Parece que estamos en España.» Una España dulcemente acentuada en el diálogo, en el madrigal, en la mirada corsaria, pero España de los pies a la cabeza. Y entonces las chicas de Coros y Danzas, por un haz de razones y yo por otras acabábamos siempre encontrando la frase que nunca nos cansó, que cada vez

nos resultaba más sorprendentemente nueva y deliciosa: «Parece que estamos en España.» Viene esto a cuento de que el mes pasado algunas de las muchachas participantes en el Concurso Nacional de Coros y Danzas que cada año organiza la Sección Femenina hacia el tiempo de Navidad, como el mejor belén de España, pudieron decir con media sonrisa nostálgica: «Parece que estamos en Buenos Aires.» Y decirlo en la plaza de Santa Ana, ante la fachada del Español, o en la calle del Príncipe, doblando ya hacia esa cadera del teatro en que está, metida en una callejuela, la «Puerta de Artistas». (Y cómo se reían ellas en la del Colón o en las de los teatros del interior, o en la del «Recreio» castizo de Río, o en Lisboa, al cruzar ante el portero que condecoraba sus paredes con viejos recuerdos escénicos: desde Toscanini a Don José Ortega y Gasset.) Porque unas cuantas de estas muchachas que han bailado en el Español—las de Málaga, las de Bilbao, que venían con su voz y no con sus ágiles pies de «nescachas», danzarinas de prado y frontón; algunas de Cáceres, de Logroño y de Vigo, que estudian en la Universidad o en la Academia Isabel

la Católica—estuvieron en el crucero americano y volvían a ver en su turno, escoltándolas desde los autobuses, la misma desplegada galantería, la misma cariñosa curiosidad, el mismo deslumbramiento del ciudadano ante el traje señorial de los pueblerinos, y ellas, hablando entre sí, podían pasarse la consigna: «Chicas, como en Buenos Aires. Sólo que aquí no dicen ni *churro* ni *bombón flor*.»

La popularidad española de los Coros y Danzas de la Sección Femenina ha sido creciente y extensa a lo largo de los últimos nueve años. Comenzada la obra de resucitar y vivificar el «folklore» en medio de un escepticismo fácilmente comprensible, han bastado nueve años para que la belleza y la gracia de esta mágica tarea hayan hecho añicos el tremendo verso de Machado: «Atónitos palurdos sin danzas ni canciones.» Es la historia de las plazas y las eras, de las romerías, las bodas, los bautizos y las vísperas de tremolina nacional la que ha resucitado la S. F. con los Coros y Danzas. Y entonces se ha visto sencillamente que los palurdos de España—esos fabulosos isidros que se iban de romería a las Indias, a ganar el cielo en el Japón o a ganar gloria y cielo, que todo va junto, en las barbas de Solimán, en los jardines de Italia, en las fronteras de Francia o en la tierra húmeda de Flandes—, se ha visto, amigos, que los palurdos de España tenían danza y canción, pero que estaban escondidas, como tantas cosas, esperando que un tiempo español las rescatase. Y han sido las chicas de la Sección Femenina quienes pacientemente apresaron la gentileza, la bravura y la elegante malicia de los bailes de España, la portentosa melodía de sus canciones; la gaita suena ya como una lira y los mejores investigadores no podrán tener



VIZCAYA



JEREZ

queja del inmenso acopio de materiales que han ido llevando hasta sus manos estas muchachas; pasos olvidados, fiestas antiguas, ropa-



YECLA

jes semiperdidos, tonadillas dispersas o maleadas, versos populares rebosantes de donaire, de garbo, de ingenio...



SALAMANCA

Si al cruceo americano fueron once grupos —Vigo, Coruña, Asturias, Bilbao, Logroño, Zaragoza, Lérida, Cáceres, Sevilla, Málaga y



VIZCAYA

Canarias—como una apretada antología de las canciones y las danzas españolas, la sorpresa de nuestros compatriotas ultramarinos y de todos los hispanoamericanos reventaba ante la naturalidad con que las «pibas de la Madre Patria» hablaban de los novecientos grupos *distintos* que

por entonces existían, debidamente controlados por el Departamento de Cultura, y porque una operación matemática al alcance, incluso, de enviados especiales estupefactos demostraba que estos novecientos grupos suponían unos nueve mil bailes *diversos*, ya que la media de cada grupo

puede cifrarse en diez danzas típicas de su comarca.

Pero echando agua al vino, por si las chicas exageran, que siempre exageran—y en ellas hace bonito—, aun quedándonos con la mitad, la cosa está más que requetebién. Y más o menos, más



JEREZ



YECLA



JEREZ



LEVANTE

bien más, lo mismo sucede con las canciones. (Da gusto saber multiplicar por diez...)

El viaje del «Monte Albertia» fué un tanto importantísimo en la batalla de la paz y la simpatía. En el mismo momento en que los titulares de los periódicos americanos todavía sangraban por Bogotá—eso sin meterse en honduras universales—, el «Monte Albertia» navegaba empavesado de júbilo. Recordaré mientras viva la estupefacción con que los marineros yanquis de la Mooren Mac Cormack—del «Brazil» y el «Argentina»—vieron aquel inaudito barco español que transportaba nostalgia, música, bailes, trajes de gaitería; aquel barco cargado de flores, rodeado siempre por el curioso respeto de la multitud, por un diálogo vivo y familiar. «Y usted, ¿en qué calle vive en Sevilla, señorita?» Y ante la coincidencia de la calle, la voz triste—era al anochecer, en Río, mientras en cubierta buscábamos un fresquete ilusorio—, la voz triste que comentaba: «Pues yo falto de Sevilla desde el Movimiento...» Y todo era enviar recuerdos, y pedir una copla, y al final: «Señorita, por favor, espere un momento.» Y luego, desde la proa alta del trasatlántico yanqui, en el que trabajaba un marinero español, cayeron hasta la modesta estatura de nuestro valiente «Monte» montones de caramelos. Y nada más.

Pero a mí, que me ha tocado escribir bastante sobre este viaje, me gusta ahora insistir en la calidad del servicio prestado por los Coros y Danzas de la S. F., por estas valerosas muchachas que durante tres meses largos—de mediados de abril a fin de julio, justo el día de Santiago—han prescindido de toda comodidad y de todo descanso. Porque si es indudable que la belleza del viaje

y la categoría de la empresa tenían en sí lo bastante para tentar a la aventura y satisfacer de sobra los inconvenientes, la pequeñez del barco sometía a nuestras camaradas a una infinidad de menudos tormentos cotidianos, aliviados por la cortesía irreprochable de la tripulación. Desde lavar y planchar su ropa hasta cuidar de la de baile; desde pasar semanas enteras sin descanso, con dos actuaciones diarias, públicas, más las privadas que siempre caían—en hospitales españoles, en asilos de ancianos españoles, en centros regionales españoles, en salas de las colectividades españolas—, hasta dormir cuatro horas escasas; desde residir en el propio barco, amarrado a un muelle—cosa bastante incómoda, y más si se tiene en cuenta que no hay forma de eliminar ni un solo ruido y que los ruidos se levantan con los pájaros, sin que por eso una grúa o motor o la descarga de un triguero tenga nada que ver con el canto de las hermanas aves—hasta vivir diez días en cuatro autobuses, con los sobrios descansos de cada noche, estas muchachas han pasado por todo aquello

que no entrará jamás en la mente de los que piensan en un espléndido viaje de turismo. Claro que una de ellas me lo decía hace bien poco: «Bueno, chico, pues mañana mismo comenzaba de nuevo.»

Por el Atlántico iban y venían barcos con concretas misiones prebélicas.

Se hablaba cada dos por tres de divisiones navales que marchaban hacia el Mediterráneo, a hinchar el pecho, a hacer gimnasia.

Y la imprevista y adorable España moviliza un barquito de su flota mercante para levantar en sus hijos el recuerdo lejano de un domingo español, de la feria y de la fiesta, de la romería al Santo. Para explicar ante los hispanoamericanos todo el folklore originario, para enseñar los pasos, los quiebros, los zapateados genealógicos de la cueca y la samba, el malambo y el gato, la novia y la media caña. Para llevar en un barco no ametralladoras, no panfletos, no dinamita, sino una razón más—y qué bella—de la unidad del Mundo Hispánico. Y esta dulce y generosa tarea estuvo en las manos y en los pies, en las voces y en el gesto de ciento cincuenta muchachas de la S. F., que a un tiempo mostraban ante el mundo el temple, la religiosidad, el modo y la manera cotidiana, alegre, fuerte, viva, de la juventud femenina española.

Lo cual, si a ustedes les parece, es matar, por lo menos, tres o cuatro pájaros de un tiro.